

Meditación Jornada Militancia 2004

Canto 1:

Guía:

Nos hemos reunido en esta iglesia del Espíritu Santo para tener un momento de Cenáculo junto a Jesús Sacramentado. Lo hacemos como matrimonios de la Militancia de todo Chile.

Hemos elegido un símbolo que nos acompañará durante este momento de oración: el pequeño cirio que ustedes han recibido.

Les ruego que lo enciendan y luego lo coloquen delante de ustedes en el suelo.

Canto 2 al Esp. Santo:

Sac.:

Ustedes son la sal de este mundo...

Ustedes son la luz de este mundo.

Una ciudad construida en lo alto de un cerro no se puede esconder,
ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de una cajón.

Antes bien, se la pone en alto para que alumbre a todos los que están en la casa. Que brille su luz delante de la gente,
para que, viendo sus buenas obras,
alaben al Padre de los cielos. (Mt 5, 13 ss.)

Lector 1 (mujer):

"No se enciende una luz para ponerla debajo de la mesa...

Que brille vuestra luz delante de los hombres."

Sacerdote:

Señor, tú eres la luz del mundo. Tú quieres que, cada uno de nosotros, sea también luz del mundo.

Ustedes, matrimonios de nuestra Comunidad de Militantes, están llamados, en forma muy especial, a ser esa luz que brilla en medio del mundo.

Son familias llamadas a salir al rescate de las familias, a ser esa levadura que hace fermentar toda la masa.

Lector 2 (hombre):

Padre, nos escogiste en Cristo,

como instrumentos para su reino,

como semilla, luz y levadura,

para la redención del mundo.

Con su Compañera, la Gran Señal,

para alejar el influjo del demonio.

Guía:

La luz debe brillar.

Tomemos, por eso, esa luz que pusimos abajo
y levantémosla ahora ambos en alto.

Lector 1 (con vigor):

Danos, Padre, arder como un fuego vigoroso,
marchar con alegría hacia los pueblos
y, combatiendo como testigos de la redención,
guiarlos jubilosamente a la Santísima Trinidad.

Lector 2:

Señor. Tú encendiste en nosotros tu fuego
Y quieres que ese fuego arda.
Como matrimonios de la Militancia
no queremos defraudar las esperanzas
que tienes puestas en nosotros.
Queremos darte nuestro sí,
un sí de militantes,
un sí fiel y comprometido.

Lector 1 y 2:

Danos, Padre, arder como un fuego vigoroso,
marchar con alegría hacia los pueblos
y, combatiendo como testigos de la redención,
guiarlos jubilosamente a la Santísima Trinidad.

Canto 3: El sueño imposible**Lector 1:**

Hemos levantado en alto nuestra pequeña luz.
Sostengámosla ahora en nuestras manos, frente a nosotros.
Es un símbolo de lo que somos.
Muchas veces nuestra luz es demasiado débil, es pequeña,
vacilante y a veces tiende a apagarse.
¡Qué lejos estamos de ser esa luz que brilla en las tinieblas!
Casi quisiéramos decir:
Señor, envía a otros cuya llama arde con mayor fuerza.
Nuestra llama no arde como debiera arder.
No logramos disparar ni siquiera nuestras propias tinieblas.

Sacerdote:

No teman, pequeña grey, dice el Señor,
porque el Padre quiso darles a ustedes el reino.
No fueron ustedes los que me eligieron a mí.
Fui yo quien los elegí
y los destiné para que den fruto y un fruto que permanezca.

Yo los elegí, para que ustedes, juntos, como esposos,
lleven al mundo mi Buena Nueva.
Los elegí para fueran uno solo en el amor
para que su luz iluminara e irradiara calor,

y entregara a muchos, calor, vida y esperanza.

Lector 2:

Cuando miramos nuestra pequeñez,
nos cuesta, Señor, creer en tu llamado.
Pero sabemos que tú eliges a la nada de este mundo
para realizar tu obra, tal como lo hiciste con María.

Canto 4:**Antífona del Espíritu Santo / No me eligieron ustedes...****Guía:**

Les pido ahora a los esposos, que tomen la luz y la sostengan ellos en sus manos.

Sacerdote:

A ustedes, esposos, dice el Señor, les pido:
Amen a sus esposas como yo he amado a la Iglesia.
Esa luz que tienen en sus manos simboliza
lo que ella es para ustedes.
Amen a su esposa como yo he amado a la Iglesia, mi Esposa.
La he amado con todo mi ser: por ella vine al mundo,
a ella me entregué por entero,
me uní a ella en una alianza eterna.
Le he sido fiel, he estado siempre junto a ella.
Di mi vida para que fuese santa e inmaculada en mi amor.
Amen ustedes así a sus esposas.

Lector 2:

Señor, esta luz que tengo en mis manos, que simboliza a mi esposa;
es la luz que ilumina mi vida;
Ella se ha consumido en el amor y en la entrega a mí y a nuestros hijos.
¡Cuánto amor, cuánto calor y dedicación,
he recibido a través de ella: por su compañía, su cuidado, su perdón, su ternura y
servicio...!
Gracias, Señor. Enséñame tú a amar a mi esposa como tú amas a tu Iglesia,
con mayor cariño, con mayor cercanía, respeto y espíritu de renuncia.
Que mi egoísmo y falta de consideración nunca apaguen esta luz que me ilumina.

Guía:

Ahora, les pido a las esposas que tomen de igual forma la luz entre sus manos.

Sacerdote:

Esposas, dice el Señor, amen a sus esposos como María,
mi Madre y Compañera, imagen pura de la Iglesia,
me ama a mí y se entrega a mí.
Ella es la Madre del amor hermoso;
séanlo también ustedes para sus esposos.
Ámenlos y enséñenles a amar así como yo amo.

Sean signos del verdadero amor para ellos.
Atráiganlos a mi,
tal como María atrae a mi corazón
a todos los que el Padre me ha dado.

Lector 1:

Señor, tú que eres la luz del mundo,
tú te has regalado a mí en mi esposo.
Su sí de entrega es tu sí a mi persona.
Perteneciendo a él te pertenezco a ti.
No permitas que mis limitaciones
y sus limitaciones
empañen el amor que le tengo.
Quiero amarlo con todo mi corazón y así, en él, amarte a ti.
Quiero guardar y cobijar su luz en el santuario de mi corazón,
Para que ambos seamos una sola luz en tu luz.

Guía:

Mientras cantamos, podemos tomar asiento.

Canto 5: Amor sin límites**Guía:**

Les ruego que ahora sostengan juntos, en la palma de su mano, la pequeña luz.
En ella vemos también a nuestros hijos.
Con este gesto expresamos que el Señor nos confiado esa luz de nuestros hijos
para que nosotros la protejamos de los vientos y de la intemperie;
para que esa luz pueda arder, iluminar y crecer.

Sacerdote:

Toda paternidad viene de lo alto, dice el Señor.
Ustedes son padres porque Dios quiso hacerlos co-creadores
y co-redentores de sus hijos.
Con ello les hizo un don precioso,
un regalo que es a la vez una gran tarea.
Son ustedes los llamados a hacerles sentir
en su amor de padres,
la fuerza del amor de Dios.
Yo soy el Buen Pastor, dice el Señor, pero lo soy en ustedes.
Si ellos reconocen mi voz, es porque la reconocen en la voz de ustedes.
Ellos sabrán que yo los llamo por su nombre,
porque ustedes los llaman por su nombre.
Si quiero llevarlos a pastar en las mejores praderas,
lo haré cuando ustedes los lleven a ellas;
si quiero defenderlos del Maligno,
son ustedes quienes tienen que defenderlos.
Si quiero mostrarles el camino,
son ustedes quienes deben ir delante de ellos

mostrándoles el camino.
Yo doy mi vida por mis ovejas,
la doy cuando ustedes dan su vida por sus hijos.
En sus manos pongo su luz.

Lector 1:

Señor Jesús, el fuego de nuestro amor encendió la vida de nuestros hijos.
Ellos son el fruto de nuestro amor. Tú nos los has confiado.
A ellos les hemos dado lo mejor que tenemos,
aunque sabemos muy bien que podríamos haberles dado más aún,
siendo más generosos y desprendidos en nuestro servicio y entrega a ellos.
Enséñanos a ver tu rostro en ellos,
a respetar su originalidad y el designio de amor
que tú tienes para cada uno de ellos.

Lector 2:

Señor, danos tu amor para encender el corazón de nuestros hijos.
Que la claridad de tu luz ilumine su mente y su alma.
Que la fe sea la luz que los guíe en su camino.
Que el fuego de tu amor arda en sus corazones.
Quema, Señor, en nosotros, todo lo que no arde,
lo que no viene de ti,
para que podamos ser para ellos
dignas imágenes tuyas y del Padre Dios.

Canto 6: El Proceso**Guía:**

Les ruego que dejen ahora el cirio sobre el banco que tienen frente a ustedes. Con ello queremos simbolizar que la luz y el fuego de su amor de esposos y de padres lo vivimos en medio de un mundo muchas veces inhóspito, que amenaza constantemente apagar esa luz y extinguir ese fuego. Escuchemos lo que nos dice el apóstol Pablo:

Lector 1:

Ustedes, hermanos, no están en la oscuridad para que el día del regreso del Señor los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día. No son hijos de la noche ni de las tinieblas.
Por eso, no deben dormirse como los otros,
sino mantenerse despiertos y sobrios.
Los que duermen, duermen de noche, y los que se embriagan, de noche se embriagan; pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios.
Debemos revestirnos de la coraza de la fe y del amor, y cubrirnos como con un casco, con la esperanza de la salvación... Por eso, anímense y fortalézcanse unos a otros, tal como ya lo están haciendo." (1 Tess 5, 4 ss)

Lector 1:

Señor, tú conoces nuestro combate. Es duro.

Nuestra vida cotidiana nos zarandea de un lugar a otro.
Los problemas nos acosan.
Vivimos en un mundo donde cuesta encontrarte,
donde tantas cosas nos atraen
y alejan de ti, de nuestros propósitos e ideales.

Lector 2:

Señor, enciende tu luz en nuestras tinieblas.
Haz que seamos verdaderamente hijos del día y no de las tinieblas.
Que la claridad de tu luz habite en nuestro ser,
en nuestro hogar
y en nuestro trabajo.
Ayúdanos a ser y a comportarnos como hijos de la luz,
para ser portadores de esperanza en medio del mundo.

Guía:

El apóstol Pablo se dirige a nosotros una vez más diciendo:

Lector 2:

Tengan en cuenta el tiempo en que vivimos, y sepan que ya es hora de despertarnos del sueño. Porque nuestra salvación está más cerca que al principio, cuando creímos en el mensaje.
La noche está muy avanzada y se acerca el día. Por eso dejemos de hacer las cosas propias de la oscuridad y revistámonos de luz como un soldado que se reviste de su armadura. Actuemos como en pleno día, con decencia; no andemos en inmoralidades y vicios, ni en discordias ni envidias. Al contrario, revístanse ustedes del Señor Jesucristo y no busquen satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana. (Rom 14, 11 ss)

Lector 1:

Señor, haz que despertemos de nuestro sueño.
No permitas que nos quedemos dormidos como Pedro, Juan y Santiago, cuando tú los llamaste a estar contigo.
Tú, Señor, nos llamas a despojarnos de las obras de las tinieblas.
Tú sabes bien cuáles son nuestras tinieblas personales:
inconstancia, inconsecuencia, comodidad,
falta de profundidad en nuestra unión contigo.
Frialdad en nuestra oración.
Ayúdanos a despojarnos de esas tinieblas que apagan nuestra luz.

Lector 2:

Tú sabes cuáles son nuestras tinieblas como esposos:
no nos dejamos tiempo,
no abordamos nuestros conflictos,
nos tratamos a veces sin cariño,
nos cuesta tanto renunciar a nuestro pequeño yo.
Ayúdanos a despojarnos de nuestras tinieblas
para que brille en nosotros tu luz y arda en nosotros tu fuego.

Guía:

La pequeña luz está ahí, ante nosotros.
Es cierto "la noche ya está avanzada",
el mundo en que vivimos está lejos del Señor.
Sentimos dolorosamente también los límites de nuestra Iglesia.
La fuerza del huracán hace bambolear su barca en medio de las olas.
Pero él está ahí. Lo único que pide es que tengamos fe.
Que si hemos puesto la mano al arado, no miremos hacia atrás.

Sac.:

Dice el Señor, yo sé que las tareas que he puesto sobre sus débiles hombros los sobrepasan, por eso les vuelvo a decir como a Juan, mi discípulo amado: "Ahí tienes a tu Madre". Ahí tienen su Madre, la tienen en su pequeño Santuario.
Porque les he confiado como matrimonios grandes tareas, también les he regalado mis mejores dones.
Les regalé en forma especial, única, a María, mi Madre y Compañera
y las gracias que ella generosamente les entrega en su santuario.
Confíen en ella. Ámenla con todo su corazón.
Que ella esté en el centro de sus hogares.
Así estaré yo en medio de ustedes y nada les faltará.
Les repito: ustedes son la luz del mundo y la sal de la tierra.
Los necesito ahora más que nunca.
Tengo que redimir el amor humano.
Tengo que redimir al matrimonio.
Tengo que redimir las familias.
Necesito de sus hijos
Como apóstoles en medio del mundo.
Por eso, los necesito a ustedes.

Guía:

Tomamos nuevamente la pequeña luz y la alzamos juntos sobre nosotros.

Lector 1 y 2:

Sí, Señor, con ella, nuestra Madre y Reina Victoriosa,
Basados en su amor y cuidado,
brillará nuestra luz y disiparemos las tinieblas.
Que brille nuestra luz ante los hombres
y que viendo cómo somos y cómo vivimos,
alaben al Padre que está en los cielos.

Guía:

Tenemos ante nosotros la imagen de nuestra Madre y Reina.
Nos dirigiremos hasta ella para depositar a sus pies nuestras luces.
Lo haremos por orden, pasando primero aquellos que están en los primeros bancos.
Mientras lo hacemos, cantamos.

Canto 7: Alma Misionera

Sac.:

Querida Madre y Reina nuestra,
 Señora de la Luz
 Faro luminoso que irradia en medio del mundo.
 Luz tenue y poderosa.
 Fuego que nunca se extingue.
 Mira a estos hijos tuyos, que hoy se han congregado
 En torno a tu santuario y escucha su oración.

Todos:

María, Reina de Schoenstatt
 y de esta tierra santa de Bellavista.
 Desciende a nuestro amor de esposos
 e inúndanos con la claridad de tu luz.
 Reina en cada uno de nuestros hogares.
 Conviértelos en pequeños santuarios tuyos
 donde se irradie tu luz
 y llegue a muchas familias,
 a nuestros lugares de trabajo,
 a nuestros apostolados,
 a tantas familias que necesitan de ti y del Señor.

Madre y Reina nuestra,
 Gracias por haber mirado nuestra pequeñez.
 Glorifícate en nosotros.
 Como tus hijos,
 miembros de la Militancia,
 te decimos que puedes contar con nosotros.
 Llevaremos al mundo tu luz,
 la luz de Cristo,
 no la esconderemos
 sino que la haremos brillar con fuerza.
 Queremos ser apóstoles incansables
 en la viña del Señor.
 Por eso te pedimos:
 "Aseméjanos a ti e enséñanos a caminar por la vida..."

Sac.

Consagrémonos una vez más a María.
 Pongamos en sus manos
 cada uno de nuestros hijos,
 nuestro hogar y nuestro trabajo,
 nuestro apostolado,
 nuestros anhelos
 nuestras cruces y alegrías.

Todos:

Oh Señora mía... ---**Sac.: Bendición**

Cano final